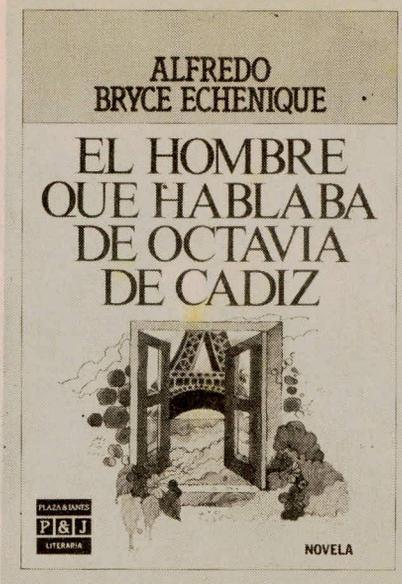


CON su reciente novela *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, Alfredo Bryce cierra el período de 20 años que vivió en París a través de ese maravilloso personaje que es Martín Romaña Parkingson. Desde que desembarcó en Dunkerque en 1964, hasta aquella fotografía en casa de Colón, en Génova, previa a su retorno al Perú, todos los ríos han arrastrado sus aguas mansas y en revuelta, al estilo de Jorge Manrique, tan bien y constantemente citado.

Si a mediados de los años 60', el artículo de Mario Vargas Llosa: *Salazar Bondy y la vocación del escritor en el Perú* hizo furor entre aquellos que pretendían empuñar la pluma, el *Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire* de Bryce, es el intento mejor logrado, más serio y conmovedor, de aquel joven que quiere ser escritor por sobre todas las cosas, cargando a sus espaldas el desgarramiento de confundir vida y ficción, sueño y realidad, compromiso y contemplación. Ya Pedro Balbuena, en su anterior novela, puente indiscutible hacia Martín Romaña, es un escritor que no ha escrito, que quiere escribir, en cuyo pasaporte dice "profesión escritor", sí, señor, hace mil años inédito, con sus cuarenta años sin dar con golpe. Hasta podríamos decir que Pedro Balbuena resulta el Alter Ego de Martín Romaña, su Signor Malatesta di Rimini, aquel perro de bronce, aquel boxer tan querido por él de su casa paterna en Lima, que lo tiene colocado en la chimenea de su departamento en la rue Amyot, 8 bis. Realmente es talentoso Bryce para maravillarse en la descripción de su departamento: a un lado el sillón Voltaire prácticamente reconstruido a mano y al otro el diván donde caían los alojados, y donde en la novela es la cama-oceano de su amor con Octavia. La ducha portátil es el baño-cocina en la cual se debe ser muy astuto para quedar limpio sin ensuciar todo, donde hoy se bañan el charapa José Carlos Rodríguez y Chantal.

"¡Arre, bolígrafo!", como dice Martín, escribe mientras vivo, narra aquello que se vivió para volverlo a vivir, escribe en este cuaderno que es también mi novela, tal como dice la cita de Ives Navarre: porque sabemos contar nuestros sueños, pero ya no sabemos vivirlos. Martín Romaña es un "escritor sin estrella y estrellado" que termina siendo Maximus P. Camacho Solre, el escribidor de guías turísticas para la agencia Uniclám. Desde hace más de 15 años, todos los peruanos en París caen, resbalan, se embriagan y son amigos en esa oficina, en la cual Lalo Justo Caballero se encierra unas veces a trabajar y otras a tomar. Martín Romaña no es necesariamente un perdedor, pues ha hecho suya la máxima de su Alteza Serenísima el Príncipe Leopoldo de Croy Solre, que una vez le dijo: "Hay dos tipos de hombres, los de negocio y los sentimentales". Bajo ese lema Martín ha organi-



La novela ya está en Lima.

Escribe: ABELARDO SANCHEZ LEON

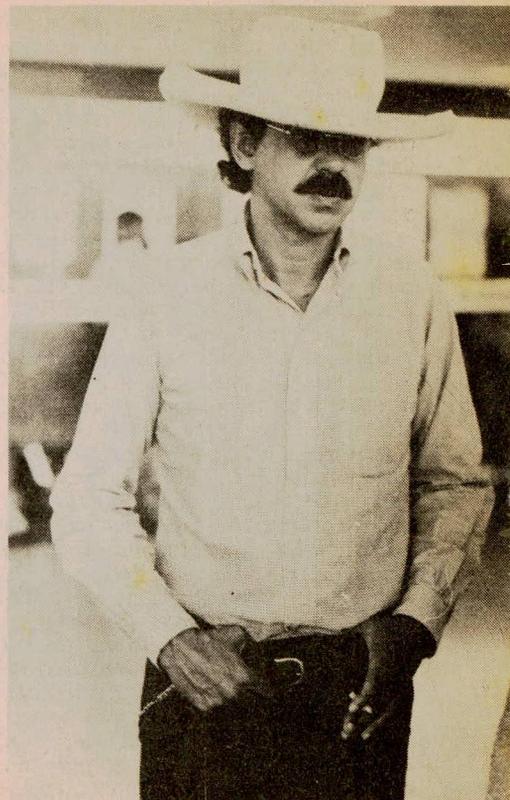
En su última novela, Bryce Echenique es muy hábil para mostrar cómo es que la sociedad europea califica a un extranjero tercermundista. En cierta medida, le hacen a él lo que su clase social hace en el Perú. Octavia es como las rosas francesas que cultivaba la madre de Martín en Lima, y que Serapio, el jardinero indígena, cuidaba. ¡Eran las amenazas toscas de Serapio tocando a Octavia!

zado su vida que lo conduce al cielo y lo aleja de la espantosa modernidad del dinero.

Leopoldo es un noble antiquísimo que, en la actualidad, vive arruinado económicamente en Bruselas y se hizo muy amigo de todos los artistas peruanos a través del pintor Alfredo Ruiz Rosas. Una vez, en una reunión en casa del príncipe, Ruiz Rosas, Bryce y Manuel Cabieses, armaron una bronca colosal que llegó a los golpes entre la ternura y la aflicción. "Te voy a pegar por aca, protégete" le avisaba Bryce a Cabieses, y luego le pegaba con toda su amistad. Al final, destrozaron toda la cristalería del príncipe y al día siguiente, avergonzados, en el momento de las disculpas, Leopoldo exclamó: "Queridos amigos, me han hecho rejuvenecer". Nada, pero nada, tiene que ver la fiesta que da Leopoldo en la novela a los pintores peruanos, en la cual Octavia fue tan feliz, con aquella que Octavia, años después, y Eros, su esposo, le ofrecen a Martín Romaña en Milán. En esta última se encuentra la espantosa modernidad del dinero, en aquellas cabezas coronadas de la nobleza europea reciclada en el tiempo. Esta actitud de Bryce frente a la modernidad económica de las clases dominantes tiene un parecido con la de Martín Adán. En esta novela Bryce es muy

ALFREDO BRYCE

Un peruano en la Corte del rey Leopoldo



Rumbo a París, hace ya siete años.



Buscando la identidad latinoamericana, Bryce recurre al desdoblamiento. Ahí están Maximus García Márquez, Daniel Alcides Carrión, Hemingway, todas sus lecturas, todo su bagaje.

hábil para mostrar cómo es que la sociedad europea califica a un extranjero tercermundista. En cierta medida, le hacen a él lo que su clase social hace en el Perú. Ya Bryce ha expresado muchas veces sus ideas sobre la marginalidad y la doble marginalidad de su personaje, pero en esta novela se hace evidente: la familia de Octavia no lo acepta por ser mayor, casado y divorciado, pero también por ser escritor, latinoamericano y revolucionario. Octavia es como las rosas francesas que cultivaba la madre de Martín en Lima, y que Serapio, el jardinero indígena, cuidaba. ¡Eran las manzanas toscas de Serapio tocando a Octavia!, para la familia de ella, y por eso Bryce recurre, con esa capacidad inaudita que tiene, a buscar la identidad de Latinoamérica, del Perú y la suya, mediante el desdoblamiento, utilizando para ello miles de nombres. En su anterior novela Pedro Balbuena también era Petrus, y en ésta Martín es Maximus, es Maximuski, es Romaña, es Solre, ¡hasta es Pedro Camacho!, es Maximus García Márquez, es Daniel Alcides Carrión, es, por equívoco, José Faustino Sánchez Carrión; se desdobra y se refiere a Alfredo Bryce Echenique, sueña con Juan Rulfo, "concisión, sí, pero no concesión" le dice el maestro mexicano, sé tú, no te traiciones, ¡Inca,

quizá?; conversa con su amigo Julio Ramón Ribeyro, le habla a Octavia en medio del Mediterráneo del cholo Sotil, clama ayuda a Oscar Artacho a lo largo de toda la novela para que le dé "un comprendido", a la usanza de su programa deportivo... ¿Alguien me comprende? pareciera preguntarse Alfredo/Martín, y claro que sí, esa es una angustia latinoamericana y peruana. Romaña es un ex-

**"¡Arre, bolígrafo!",
escribe mientras,
vivo, narra aquello
que se vivió...**

traño en el paraíso europeo cuando sale del ambiente de latinoamericanos y su única arma es el desdoblamiento cultural en mil caras: porque también es el colonello, Richard Cantwell, Hemingway, todas sus lecturas, todo su bagaje, toda su biblioteca. Y es, por eso, también una angustia humana, que permitía que Octavia, a pesar de ser francesa, recordara los versos de Vallejo, conociera letras de vals que jamás había escu-

chado y gozara con Toña la Negra y Bola de Nieve.

Y en desdoblamiento en desdoblamiento, Bryce corre el riesgo de extraviarse, pero no, llega a un excelente puerto y al más difícil: "A los reinos más felices, que son aquellos sin historia", epigrafe de Henry James cuando habla de Sophie en *Tantas veces Pedro*, mujer que tiene mucho de Octavia, y que en verdad tiene mucho de la real y maravillosa Silvie, a quien le dedica sus dos últimas novelas, aquella alumna de Nantterre, que se vuelve peruana, porque se desdobra en Daniel Alcides Carrión y se inmola y es como dice François George en el libro que lee Martín: "El ideal que le juega a uno la mala pasada de sustituirse a la realidad". Yo conocí a Silvie una noche ya lejana de 1972 y su recuerdo queda intacto, a pesar, como dice Martín, "que la fueron cambiando todita". Se rompió las piernas. Y después ha vivido con Martín muchos años, incluso después que regresara a Lima, incluso después de la muerte, porque vive en este y en otro mundo, en el de la literatura, y como le decía Bryce Echenique a Martín Romaña, también vive en tus lectores, porque eras tú quien hablaba de ella. Pero ahora es Octavia. ■